

El péndulo

Estamos, me parece, en ese período de pagar la factura del estreno de la democracia, o la predemocracia, para ser literalmente más exactos. El primer mitin de un partido legal de la ventanilla —Falange Española— terminó «hostilmente», como el rosario de la aurora. ¿Qué ocurrió en el fondo de todo? Que se enfrentaron dos falanges: la que venera el nombre de Franco y la que somete el franquismo a discusión. No vamos a ser tan ciegos como para no darnos cuenta de que ese fondo político es la base de casi toda la discusión política española. Gracias a Dios, esa misma discusión todavía no ha saltado a la calle.

Otra muestra del pago de la «factura democrática» la tenemos en Madrid en la ya larga —a pesar de sus cuarenta y ocho horas— huelga de autobuses. Es una huelga literalmente política, al menos en su desarrollo.

El número uno de las reclamaciones no es estrictamente laboral. Los cauces previstos —estrechos cauces previstos— no se utilizaron, para no perder la costumbre. En temas: se hubiera solucionado con la simple y difícil amnistía laboral. Todo ello confirma lo que hace unos días decíamos: que el otoño caliente comienza ahora, y todo, o casi todo, se resume en un «pulso» entre la legalidad y la ilegalidad.

Partiendo del supuesto de que el obrero siempre tiene razón en sus reclamaciones en una sociedad capitalista la lección política de este paro se puede iniciar por los siguientes capítulos: primero, las consabidas dudas sobre la representación obrera. Casi todas las centrales sindicales se atribuyen el éxito de la operación «EMT». Segundo, la propia regulación de la huelga, que nadie acomete, pero que, en su aspecto jurídico, ya no tiene nada que ver con la realidad. Tercero la evidente capacidad de movilización de masas de grupos hasta ahora «subterráneos».

Hay que preguntarse, a estas alturas de la película política, si no es hora de poner los pies en el suelo y reconocerlo todo sensatamente. El Gobierno hace bien en no permitir un asalto a la calle. Pero, ¿no es cierto también que la oposición carece de otros instrumentos para hacerse notar? Se le puede decir que espere a las elecciones; pero, si así lo decidiese, ¿no correría el riesgo de que sus pretensiones se quedasen en el silencio, sin eco y sin plasmación en la nueva legalidad naciente?

Todo esto no es una justificación de la movilización de masas, que resulta peligrosa para el país y enconca los ánimos. Es, por el contrario, una invitación a acelerar trámi-

tes para que se cumplan los propósitos de la Corona: que ninguna causa legítima deje de ser oída. Ahora hay un cierto regusto en ver a Madrid paralizado, convertido en el caos, si se añadiesen a la huelga los taxistas, el «Metro» y, como supone un periódico, los trenes y los servicios aéreos. Es un regusto que se palpa, quizá porque el personal desea emociones fuertes. ¿Por qué no ensayar en trasladar esas emociones a su cauce normal, que es el de la clarificación política? Dijo el alcalde de la villa y corte que la huelga no era una huelga, sino una sedición. Y es verdad, pero con el decreto que la regula pocas cosas diferentes se pueden hacer. Lo mismo ocurre con todo el entorno del «otoño caliente». Quizá termine en jugar con el fuego, pero si hay una oposición que está ahí, que no figura en las Cortes ni en ningún otro sitio decisivo, de alguna forma tiene que hacerse notar. Yo no sé si el día en que, aupada por los votos, mande algo, cambiarán las cosas, pero, objetivamente, tampoco veo ningún inconveniente moral ni táctico para intentarlo.

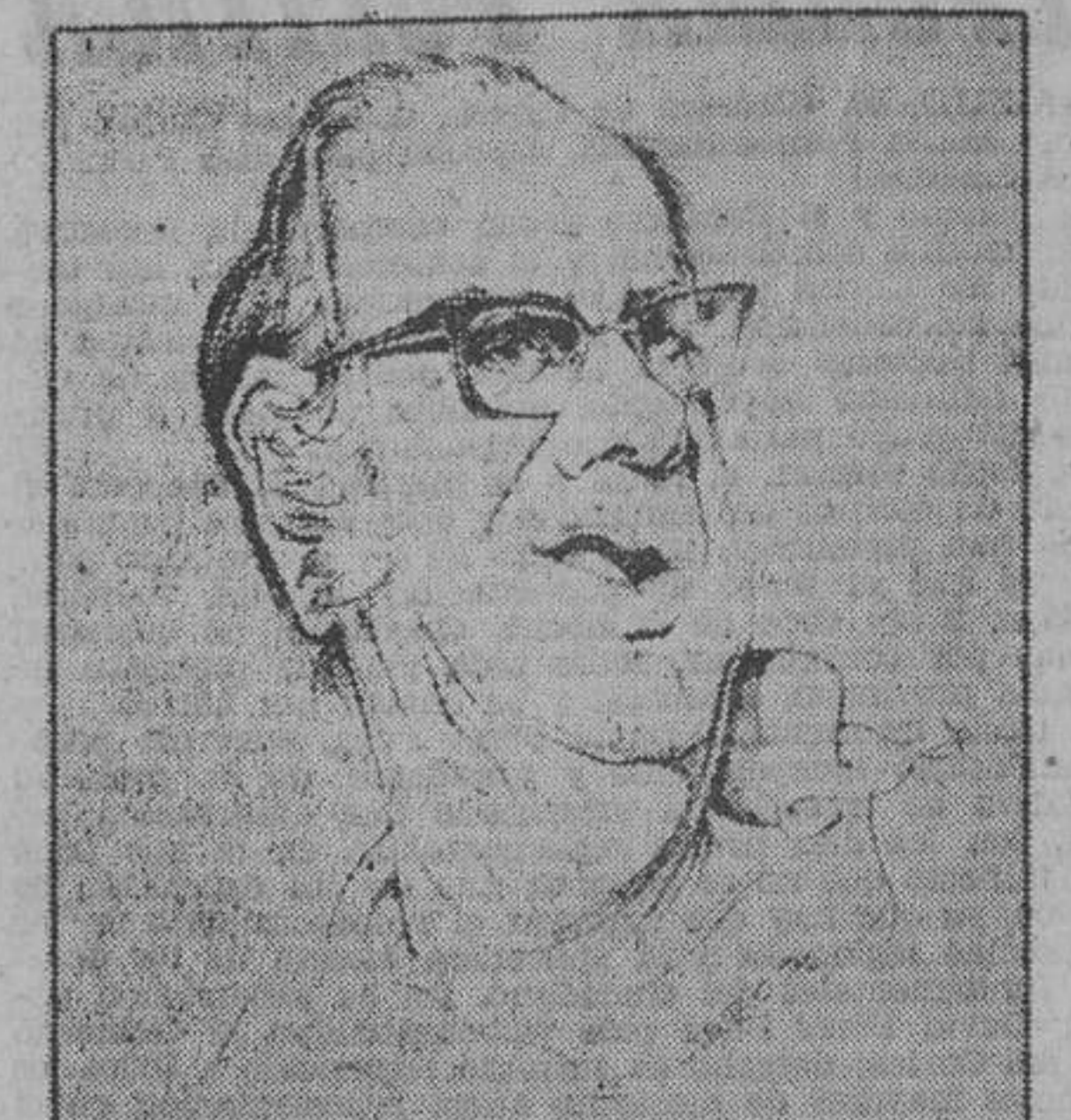
De todas formas, la situación no es tan difícil como lo que pudiera aparentar una ciudad con casi quinientos autobuses conducidos por personal del Ejército, de la Guardia Civil y de la Policía Armada. El sarampión pasará, y los instrumentos reales para salir del atolladero siguen adelante. Si hay algo que ya no se discute por casi nadie en este país es la reforma política. El «sí» de las Cortes está prácticamente cantado después de una impresionante operación de diálogos, conversaciones en mesa redonda y pactos intramuros. Sólo quedan dos interrogantes que, aunque sean importantes, no son decisivos: la ley electoral y la revolución sobre el sistema proporcional o el mayoritario. Todo lo demás, con matizaciones de segundo orden, está salvado. Si fuésemos capaces de jugar limpiamente a las elecciones —empezando, por supuesto, por los aparatos del poder— no habría nada que temer: en junio los respaldados por el voto podrían imponer más claramente su autoridad, y la aplicación de la ley entraría en tramos menos dudosos que los actuales.

Y así, con estas disquisiciones, termina el largo mes de octubre. En el fondo, casi todos estamos de acuerdo en los fines, pero manda la clientela. El viernes el PSOE arrojaba unas octavillas cuestionando al Gobierno por la prohibición de su congreso. El congreso, como ya dijimos, no fue prohibido, sino retrasado hasta diciembre. ¿A qué se juega con estas armas, con estas réplicas? Supongo que sólo a una cosa: a presentar ante la opinión y ante los militantes una imagen de que se le «ganó por la mano» a la autoridad. Yo se lo cuento para que vean como, en el fondo, todo es cuestión de estrategias y alguna que otra audacia, por lo demás, el propio Felipe González ha dicho alguna vez que otro Gobierno que no fuera éste, sería para peor.

FERNANDO ONEGA

OPINION

Nombres propios CAMILO



El inconveniente de este señor es que cuando le sacan en televisión, a la burguesía le brota una risita de conejo. Je. O sea, no como David Cubedo, que era «la voz del Régimen». Cubedo era tan buen profesional que salía y a la burguesía le entraba la tiritera, como acontecía por unas terciarias. Ahora sale Laio Azzona, que ha esperado pacientemente a que retiraran a Souis para hacerse con «La sonrisa del Régimen». Si este país fuera un país postdemocrático, Camilo sería «del sexo del régimen» honorífico, ex abundatia cordis y habeas corpus. Sobre todo, habeas corpus. Claro que Camilo es más que eso: no le han dado el «Nobel», porque como él mismo notició al personal hace tiempo se le daban mejor «las cradas que las marquesas», aunque realmente quien se le da bien, bien de verdad, es Pepe Maya. Además, no es verdad que se decida a epatar a la burguesía: una vez Marino Gómez Santos le preguntó qué significaban las iniciales de la camisa. Camilo respondió que «comer» y «caminar», haciendo abstracción, con una infinita delicadeza de la «jota». Jo.

Ahora ya se puede hablar de la «jota». Incluso se puede practicar, siempre que el guion lo exija. Lo que pasa es que los neopartidos aún no se han pronunciado, doctrinalmente, sobre el sexo. El único que habla de Reich es Blas Finar, pero es del Tercer Reich, que no tiene nada que ver con Wilhelm Reich. Los partidos, venga a pronunciarse sobre la cogestión, pero por la ventanilla programática del sexo no pasa ni uno. Ni siquiera el de Felipe, que a cuenta del «sex» cifra en setenta millones el espacio gratuito destinado por la Prensa española en el último año, a su jefe. Los partidos reparten carnets, contratados jefes de Prensa, dibujan anagramas y ponen a parir a Trevijano, pero de lo que ocurre «al sur del ombligo», que dice Carlos Muntaner, ni pío, vamos. Un fallo. Los que tienen moral socialista homologada, porque cada, nene. Y los de derechas, porque, estate quieto, que nos pueden ver. Así que aquí el único político que se ha pronunciado, con un par, ha sido don Laureano, que le confesó hace años a Pepe González Cano que él no había «conocido mujer». Blicamente, por supuesto.

O sea, que ya que no quiso ser gobernador ni presidente del Ateneo, a Camilo hay que ofrecerle la Comisaría del Plan de Desarrollo de Hacer El Amor Y No La Guerra, Jolin, hasta que la burguesía deje de poner la cara de conejo cuando vean al señor de la Academia. Je. Porque un pueblo servido, jamás será vencido. Claro que a pesar de las dificultades represivas, en este tiempo hemos hecho lo que hemos podido, con excepción, si acaso, de mi admirada Ana Belén, que se me muere de casta y de sencillez y ha esperado prudentemente a tener un hijo postfranquista.

En esto iba yo pensando ayer en un autobús municipal camino de Barajas para saludar a un amigo controlador agotado por el «stress». Ya digo...

VALLAS EN LAS CIUDADES

Las ciudades son una obra continua. Donde había una mercería llega una cafetería y ¡zas!, valla al canto, a romper la fachada y a poner la cafetería. Donde había una cafetería, ¡zas!, llega una tienda de electrodomésticos, rompe la cafetería, y manos a la obra. Y si esto es a nivel de lo que se llama «baja comercial», no hablémos ya del edificio entero. Los edificios pueden estar cayéndose y que no le interesen, a nadie, o con muy buena pinta y que le interesen a un banco. Entonces llega el banco, arma la operación vecinos y ¡zas!, la casa abajo y el banco arriba, con sus ventanillas, sus guardias puestos en la puerta, sus rejas y con todo reluciente.

En todos los casos, naturalmente, se hace una valla. Y más naturalmente todavía, la valla se hace a costa del peatón, que tiene que bajarse a la calzada, con todos los riesgos. Porque hoy bajarse de una acera es jugarse. Sin contar con que, como generalmente, siempre hay coches aparcaados, hasta bajarse de la acera es complicado y obliga a salir a la calzada entre dos automóviles, que ya es follón, y no digamos para las personas mayores, para los críos y para las mamás que conducen coches de críos.

No voy a decir que siempre haya solución, porque quizá no siempre sea posible.

Sin embargo, si estimo que los Ayuntamientos, tan celosos de cobrar todas las licencias de obras (nunca hay un guardia para nada pero en cuanto se tira un ladrillo en cualquier casa aparece uno) debieran exigir lo que se exige en muchos países del mundo, y lo que se exige en tales países es tan elemental y tan fácil como que la empresa constructora, además de construir lo que sea, construya en la misma obra un pasadillo cubierto y perfectamente protegido para los peatones, con objeto de no causar molestias a nadie.

Supongo que ese pasadizo —generalmente suelen ser de madera— será más costoso que las vallas al uso. Supongo muchas cosas. Supongo incluso que los ayuntamientos se sonreirán al leer esto y dirán que no están para pamplinas. Pero la vida, en sus pequeñas cosas, puede ser mucho más fácil simplemente con ir corrigiendo también las pequeñas cosas, dado que las grandes no tienen arreglo.

Carmelo MARTINEZ

1930-6: LA PRENSA EN GALICIA CRISTIANISMO Y POLITICA (3)

La Iglesia en España atravesó graves momentos de tensión y conflicto con el poder político especialmente en los primeros meses de la República. Desde la quema de conventos e iglesias pasando por las dificultades creadas por el cardenal Segura con su actitud intransigente y concluyendo con la discusión de la constitución republicana, esta justificada la denominación de «semana trágica de la Iglesia» que algunos autores atribuyen al período que va de la proclamación de la República (o en todo caso desde la quema de conventos, el 11 de mayo) a la aprobación de la constitución el 9 de diciembre de 1931. (Cfr. Víctor Manuel Arbeloa, *La Semana trágica de la Iglesia en España, 1931*, ed Galba, Barcelona).

Pasados los primeros momentos de medición de fuerzas y de adaptación a una situación que se presentaba más hostil de lo que la Iglesia hubiera podido imaginar, los ánimos se serenaron un poco

sin que desaparecieran en absoluto los conflictos circunstanciales y menos la hostilidad de fondo. Los pronósticos y las advertencias formuladas por liberales, republicanos y socialistas a la Iglesia durante 1930 se cumplían casi a la letra. Durante 1932 la Iglesia se va dando cuenta que el camino iniciado es irreversible y abandona la táctica de enfrentamiento abierto por el del fortalecimiento interior mediante la revitalización de sus propios cuadros y el apoyo prestado a las fuerzas de derecha, tanto simplemente conservadoras como reaccionarias. Los conflictos sin embargo no dejaron de hacerse presentes entre la Iglesia y la República a propósito de la disolución de la Compañía de Jesús, la supresión de los conflictos en las escuelas, el problema de los cementerios la discusión de la legislación matrimonial, etc. La retirada de los crucifijos de los centros oficiales produjo una tempestad entre los católicos

no sin la conveniencia de los eclesiásticos, que tuvo su reflejo, con frecuencia violento en la mayor parte de las villas, pueblos y aldeas del país. Las mujeres asumían muchas veces un indiscutible protagonismo en este tipo de incidentes.

Otro momento de tensión se produjo al decretarse la disolución de la Compañía de Jesús, en enero de 1932. Pie XI no había dudado en asimilar la situación religiosa de España a la de Méjico y entre los católicos se hablaba sin reservas de «persecución religiosa». El ministro de Justicia, Albornoz, se refería en Las Cortes a una interpelación de Lamamié de Clairac en este sentido:

«El Gobierno no tiene política irreligiosa, sino laica. Es más religioso un país que respeta a todas las religiones que el Estado que las impone. La escuela laica es sencillamente científica. La retirada de los crucifijos no es repeler a Cristo, sino llevarlo a donde debe estar: en el santuario. La imagen de Cristo ensangrentada había sido sustituida por una imagen llena de colores, propia de un culto afeminado y monjil. El decreto no es antirreligioso, por que el sentimiento religioso de España fue siempre hostil a la compañía (cita a Melchor Cano, Arias Montano, Santa Teresa, S. Juan de la Cruz y Carlos V). La República no hizo más que reivindicar una tradición española. Europa persiguió a los jesuitas porque crearon una moral falsa de abandono a los pobres para acercarse a los poderosos y minar a los príncipes». (En «EL PUEBLO GALLEGO», 5 2.1932, p. 2).

La Iglesia recibía de los republicanos sabias lecciones que no siempre fueron bien acogidas e interpretadas. La tesis de la incompatibilidad entre fe cristiana y republicanismo quedaba privada de todo fundamento. No carecía de heroicidad moral la opción que muchos católicos se sintieron obligados a hacer en un ambiente eclesial abiertamente hostil a las ideas republicanas. Pero resulta mucho más extraño encontrar en aquella época declaraciones de fe en la compatibilidad entre cristianismo y socialis-

